

EDICIÓN A CARGO DE RICARD RUIZ GARZÓN



MAÑANA

DOCE DISTOPIAS PARA EL SIGLO XXI

TODAVÍA

Juan Miguel Aguilera / Elia Barceló / Emilio Bueso
Laura Gallego / Rodolfo Martínez / José María Merino
Rosa Montero / Juan Jacinto Muñoz Rengel / Javier Negrete
Félix J. Palma / Marc Pastor / Susana Vallejo

Doce destacados autores españoles ante el género fantástico más en boga: las distopías o antiutopías, relatos sobre futuros inciertos, admoniciones políticas y medioambientales, abusos de la tecnología y cualquier tipo de mañana inquietante que nos recuerde por qué todavía estamos a tiempo de no acabar así.

Hoy ya no, pero tal vez mañana o pasado mañana... los clásicos podrían reescribirse a conveniencia, las redes sociales podrían marcar la vida de un bebé, la maternidad podría convertirse en una forma de condena, la casta política podría borrar a determinados ciudadanos, la altura de un edificio podría definir nuestra longevidad, los teléfonos móviles podrían empezar, de tan inteligentes, a rebelarse y todo intento de evitarlo, todo asomo de revolución, podría acabar pareciendo un esperpento.

Sería un mañana inquietante, sí, pero posible. Demasiado posible.

En la mejor línea de 1984, *Un mundo feliz* y *Fahrenheit 451*, pero también en esa nueva ola que va desde *Los juegos del hambre* hasta la serie de televisión *Black Mirror*, doce referentes de la distopía en nuestro país han aceptado el reto de imaginar futuros para un siglo XXI que se presenta cada año más incierto. A veces desde el humor, a veces desde una fuerte conciencia política o medioambiental, aunando a menudo originalidad y respeto a la tradición y siempre desde una pasión literaria cargada de ambición, las doce narraciones aquí reunidas configuran una antología llamada a marcar un hito en la historia española del género.

Porque las distopías no son solo otra moda literaria.

Son alarmas, denuncias, sátiras del abismo.

Son las armas del hoy contra el mañana.

Son las ficciones de la crisis.

Todavía.

Presentación

Si lo que aquí va a leer le resulta exagerado, envíele un email a su yo de 2007 con un pequeño informe de la situación en las últimas semanas...

JULIÁN DÍEZ
sobre *Cenital*, de EMILIO BUESO

En 2014, treinta años después de cruzar el 1984 imaginado por George Orwell, las distopías están de actualidad. Por un lado, se ha producido un boom del género en su vertiente juvenil, auspiciado sin duda por el éxito de la trilogía de Suzanne Collins *Los juegos del hambre*. Por otro, la crisis económica y la desafección política, con su consiguiente desconfianza hacia el futuro, han alimentado una mirada pesimista, y al mismo tiempo admonitoria, que encaja perfectamente con las bases del género. Las cosas aún podrían ir peor, parece que queremos decirnos, no se sabe si para evitarlo o para prepararnos. Vamos directos al abismo, gritamos, sin saber si queremos asustarnos, concienciarnos o fomentar la revolución. ¿Cómo luchar contra semejante estado de ánimo? ¿Cómo enfrentarnos a unos poderes que parecen superarnos? Una de las respuestas sería, quizá, mirar la forma en que lo hacen los antihéroes distópicos: en entornos todavía peores, luchan, pelean, tratan de resistirse. Pierden, sin duda, pero después de haberlo intentado.

¿No deberíamos hacer lo mismo nosotros, antes de que sea tarde?

He ahí, en ese interrogante por supuesto simplificado, parte del éxito actual de las distopías. En el mismo tipo de entorno y de frustración, de hecho, que generó los grandes títulos del género (basta acercarse a las consideradas distopías fundacionales, con permiso de Wells y Zamiátin, para comprobarlo: *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, apareció tras el crack del 29, y el *1984* de Orwell y *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, tras la Segunda Guerra Mundial). No es de extrañar, por tanto, el auge actual de series televisivas como *Black Mirror*, una apoteosis distópica, o el de las adaptaciones al cine de *Los juegos del hambre* y sus sucedáneos. Son ejemplos de esa necesidad catártica que tenemos de enfrentarnos a las derivas de nuestro presente: derivas económicas, políticas, biológicas, tecnológicas, medioambientales... Dicho de otro modo: ¿de veras creemos que el hecho de que la moda zombi, con sus masas desquiciadas, y la moda vampírica, con sus monstruos de alta alcurnia, hayan precedido a la moda distópica es una casualidad?

Especulaciones al margen, el hecho es que nos hallamos, sí, en pleno auge de las distopías. Junto a la ucronía, con sus pasados alternativos, y junto al retrofuturismo o *steampunk*, con su recuperación de una época en la que el futuro era todavía prometedor, se trata del único subgénero de la ciencia ficción que sobrevive a la apisonadora de la fantasía, que de J. K. Rowling a Patrick Rothfuss y George R. R. Martin parece haberse acomodado mejor al signo de los tiempos. Lejos ya el interés por las aventuras espaciales, las invasiones alienígenas, la ciencia *hard* y los grandes avances tecnológicos, lectores y espectadores parecen sentirse más atraídos por los planteamientos simbólicos, por la magia y las luchas morales de la fantasía épica, que por la concreción obsolescente de la vieja ciencia ficción. En ese contexto, distopías, ucronías y retrofuturismo, más cercanos

a la frontera entre ambos géneros, tenían las de ganar. Al fin y al cabo, y bien mirado, el éxito de *Star Wars* debería de habérselo advertido: por muy de ciencia ficción que pareciera, la saga de George Lucas era sobre todo de fantasía, y la elección final de la primera película, en la que Luke Skywalker elegía La Fuerza en detrimento de los ordenadores, así lo anunciaba en los años previos a la transición entre ambos reinados.

Todo lo dicho, sin embargo, ocurre en medio de extrañas paradojas. El término de moda, distopía, no aparece por ejemplo en el diccionario, aunque gracias a uno de los autores de este volumen, el académico José María Merino, parece que ese olvido va a subsanarse pronto. Para el público general, además, es difícil distinguir entre las distopías, las antiutopías, ciertas novelas de anticipación, las narraciones apocalípticas y el *cyberpunk* y sus derivados, ya que se trata de géneros fronterizos que tienen en común una visión negativa del mañana. La historia misma del género, para colmo, es desconocida más allá de los clásicos indiscutibles, de modo que títulos tan destacados como *Limbo*, de Bernard Wolfe; *Mercaderes del espacio*, de Frederik Pohl y C. M. Kornbluth; *Todos sobre Zanzíbar*, de John Brunner; *Las torres del olvido*, de George Turner, o el clásico español *Lágrimas de luz*, de Rafael Marín, apenas han sido leídos por la mayoría. Y pese a todo, la distopía avanza, convence, crea afición. La distopía muda, se transforma, fagocita géneros adyacentes. Y es una buena noticia, en lo social y en lo literario: en este último terreno, porque la distopía no puede ser mediocre; requiere la creación de un mundo, de una sociedad, requiere un conflicto bien desarrollado, requiere grandes personajes. Requiere autores de altura, porque una distopía mal escrita no aguanta el peso de su propia apuesta. Pero también es bueno, posiblemente, en lo social, porque no hay mejor antídoto contra el futuro distópico que la propia difusión de la distopía. Incluso, y no es poco, frente al peligro de que un ha-

llazgo del calibre del Gran Hermano acabe pervertido en forma de show televisivo que contradiga su naturaleza...

Así las cosas, desde *Fantasy* hemos creído que era el momento perfecto para lanzar *Mañana todavía*. Como indica su subtítulo, el volumen reúne doce distopías para el siglo XXI, doce narraciones —relatos y novelas cortas— encargadas a otros tantos autores españoles que han cultivado el género hasta convertirse en referentes. Unos, grandes nombres de la ciencia ficción española como Elia Barceló, Juan Miguel Aguilera, Rudy Martínez o Javier Negrete, han aceptado el reto desde la veteranía y con sus siempre extraordinarios resultados. Otros, Laura Gallego, Emilio Bueso, Félix J. Palma, Marc Pastor, Susana Vallejo o Juan Jacinto Muñoz Rengel, son nombres imprescindibles del nuevo fantástico español, para los cuales el acercamiento al fenómeno distópico tiene un carácter más combativo, más generacional y menos sujeto a etiquetas. Son, están siendo, serán los renovadores de la distopía. Los grandes Rosa Montero y José María Merino, por último, demuestran que las fronteras entre el *fandom* y el *mainstream* están dejando de tener sentido, y que un libro como este podría ser leído del mismo modo por un aficionado a la ciencia ficción que por un lector generalista. Su inclusión en la antología, premeditada, obedece al convencimiento de que su calidad —la de todos los aquí reunidos— es una enorme baza contra el estigma. Del mismo modo, el hecho de que muchos de los autores, y en especial Laura Gallego, Susana Vallejo, Elia Barceló, Javier Negrete y José María Merino, sean habituales de la literatura juvenil, podría ayudar a los lectores más tempranos a animarse a dar el salto a una obra que, siendo para adultos, nunca abandona el sentido de la maravilla. Ni siquiera, inmisericorde, cuando lo pone al servicio de los peores instintos de la raza humana.

Una última apreciación antes de dar paso a estos doce mundos fascinantes, todos escritos de forma libre para la ocasión —salvo el de Rosa Montero, aun así inédito en for-

mato libro—: casualidad o no, y pese a la absoluta variedad de temas y estilos, buena parte de las narraciones de este volumen ponen el foco distópico en la tecnología más inmediata: móviles, pantallas, redes sociales e incluso libros electrónicos son vistos por los autores como futuras fuentes de dependencia, cuando no de amenaza, lo cual no deja de ser significativo teniendo en cuenta que se trata de una visión compartida por jóvenes y veteranos. Seguidos de cerca, cómo no, por las sociedades represivas y la manipulación política e informativa, los temas abordados en el volumen incluyen además, entre otros, catástrofes medioambientales, problemas energéticos y riesgos del progreso científico en materia de reproducción, genética o salud.

Y todo ello, hay que insistir, con una calidad literaria en muchos casos excepcional.

Quizá sea por ahí por donde haya que buscar la redención. Quizá el talento creativo sea la llave para que el futuro inmediato no parezca tan distópico como empieza a serlo nuestro presente.

Si no, al menos, habremos ganado un puñado de lecturas literalmente antológicas.

Por algo el libro se titula como se titula.

Bienvenidos al mañana.

Todavía.

RICARD RUIZ GARZÓN
Escritor y periodista

Laura Gallego (Valencia, 1977) es la escritora juvenil española de más éxito en las últimas décadas, sobre todo a raíz de su popular trilogía *Memorias de Idhún* (SM). Doctora en Filología Hispánica, especializada en literatura medieval y libros de caballerías, ha escrito cerca de treinta novelas, algunas de las cuales se han traducido a dieciséis lenguas y le han permitido obtener premios como el Cervantes Chico o el Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. Sus obras más conocidas pertenecen al género de la fantasía épica, que ella suele personalizar mediante originales subtramas de temática amorosa o mitológica, aunque ha cultivado también la fantasía histórica, la ciencia ficción y la narrativa realista.

Su mayor acercamiento a las distopías se produjo en 2002 con *Las hijas de Tara* (SM, 2002), un proyecto lleno de singularidades que, pese a su caldo de cultivo *cyberpunk*, le permitió desarrollar algunos de sus temas distópicos preferidos: la confrontación entre tecnología y naturaleza, la manipulación genética, la clonación... La novela, que enfrenta los mundos de Mannawinard y las «dumas», demostró la versatilidad de la autora y su injusto y acaso precipitado encasillamiento en el *fantasy*. Laura Gallego es un referente de la literatura juvenil y de la fantasía épica, sí, pero más allá de esas fronteras aún puede dar muchísimas sorpresas.

Una buena prueba de ello es «WeKids», el relato que abre, y no por azar, esta antología. Extrapolación de un mundo en el que las redes sociales ponen en juego nuestra dependencia del contacto virtual, se inicia con humor y poco a poco va adquiriendo tintes de colapso moral y tecnológico. Cualquiera que tenga Facebook lo entenderá: los Zuckerberg de este mundo deberían leer lo antes posible a Laura Gallego. Y luego, enseguida, empezar a tuitear por qué.

Lucas Laval y Alfredo García habían nacido el mismo día, tanto en el mundo real como en el virtual. Justo es decir, sin embargo, que los padres de Lucas fueron más rápidos a la hora de abrir un perfil para su hijo en WeKids.

—¿No te parece un poco... precipitado? —le preguntó Emma Laval a su marido.

Ella estaba todavía en cama, recuperándose del esfuerzo del parto, mientras su bebé mamaba con fruición, pero Oscar Laval parecía más concentrado en teclear furiosamente en su terminal. Hizo sin embargo una breve pausa para responder a su esposa:

—Ya lo hemos hablado antes, cariño. Cuanto antes empiece, más oportunidades tendrá en el futuro.

—Lo sé, pero... Lucas solo tiene tres horas de vida.

—Y son horas que hemos perdido. Desde el mismo momento de su nacimiento, todos los niños pueden obtener un espacio en WeKids. Lo dicen las normas.

Emma no dudaba de sus palabras. Habían tomado aquella decisión en el segundo trimestre del embarazo, y Oscar había tenido tiempo de sobra para aprenderse las condiciones de uso de WeKids.

La idea había empezado a rondarle por la cabeza un par de años atrás, durante una reunión de amigos en la que una pareja comentó con orgullo que habían creado un perfil para su hija Naomi con motivo de su primer cumpleaños.

—Pero ¿ya navega por internet? —había preguntado Oscar, con una ingenuidad que le había granjeado las carcajadas de la mayoría de los asistentes.

—Claro que no; nosotros actualizaremos su perfil hasta que tenga edad de hacerlo por sí misma.

—Yo creía que en WeKids no estaba permitido que se registrasen adultos —comentó alguien, y Oscar se sintió aliviado al comprobar que no era el único que ignoraba los entresijos de la red social infantil más popular del mundo.

Este último hecho, al menos, sí lo conocía. Sabía que WeKids había nacido como espacio virtual seguro para los niños, que de este modo podían disfrutar de las ventajas de internet y hacer amigos de todos los rincones del planeta en un entorno completamente protegido y adaptado a sus necesidades. Según las últimas estadísticas, el setenta y nueve por ciento de los usuarios de entre diez y quince años tenían un perfil en WeKids. Los responsables de la página eran muy conscientes de lo frágil y valioso que era lo que tenían entre manos, por lo que sus férreas normas y condiciones de uso se cumplían a rajatabla. En WeKids estaban totalmente prohibidos los contenidos inapropiados, y los moderadores patrullaban la red sin descanso para asegurarse de que nadie molestaba a los niños en su oasis virtual. Los perfiles estaban asegurados con contraseñas que utilizaban patrones biométricos, de modo que nadie podía usurpar la identidad de un usuario y, además, el propio sistema impedía el registro a todos los mayores de quince años; aquellos que lo habían intentado habían sido denunciados, juzgados y condenados a duras penas de prisión. Oscar recordaba los juicios a los primeros «corruptores» de WeKids, porque habían sido muy sonados. La justicia había apoyado sin reservas a los responsables de la web, creando un precedente que nadie había osado contradecir desde entonces. Porque había que proteger a los niños a toda costa y, dado que esta premisa estaba fuera de toda duda, otorgaba a WeKids un poder del que ninguna otra red había disfrutado hasta el momento. Mientras ellos siguieran defendiendo ferozmente a sus usuarios, como habían he-

cho siempre, y millones de padres pudieran respirar tranquilos, las autoridades estarían de su parte.

Todo esto era público y notorio; poca gente quedaba que, a aquellas alturas, no estuviera al tanto de la primera verdad fundamental sobre WeKids: era total y exclusivamente para niños. Los adultos podían mirar, podían navegar por sus páginas y perfiles, pero no tenían posibilidad de intervenir de ninguna manera, de publicar contenidos ni de establecer contacto alguno con los usuarios.

De modo que la idea de que unos padres pudieran abrir un perfil para su hija de un año resultaba, cuando menos, novedosa.

—Está permitido —explicaron ellos—, siempre que nos atengamos a las normas y condiciones de uso y solo publiquemos contenidos relacionados con Naomi: fotos, vídeos, sus primeros dibujos... ese tipo de cosas. —La madre de la criatura resplandecía de satisfacción mientras hablaba de la presentación de su hija en la sociedad virtual—. No puede aparecer ninguna imagen nuestra en el perfil, ni la de ningún otro adulto, y por supuesto hemos de ceder su control a Naomi cuando cumpla siete años. Hasta entonces, la red permite que uno de sus progenitores actualice su página por ella. Y ya hemos registrado mis datos biométricos para que los asocien a su cuenta.

Parecía que los padres de Naomi estaban esperando que los felicitaran por ello, de modo que sus amigos cumplieron con el ritual, algunos más entusiastas, otros todavía desconcertados.

—Pero esa red es de pago, ¿no? —preguntó uno de ellos, con cierto disgusto.

El padre de Naomi le quitó importancia al asunto con un gesto.

—Es una cantidad ridícula al mes, casi simbólica —explicó—, y vale la pena. Pensad que WeKids es un espacio cien por cien libre de publicidad, así que ha de financiarse de alguna manera.

Oscar Laval no había hecho más preguntas. Pero siguió dándole vueltas a la conversación, preguntándose para qué querría un bebé como Naomi tener una cuenta en WeKids. Con el tiempo se enteró de que había muchos padres que registraban a sus retoños a muy temprana edad, algunos incluso nada más nacer. Parecía poco probable que hicieran amigos; no obstante, para su sorpresa, Oscar descubrió que las páginas de bebés tenían muchos seguidores, sobre todo entre las niñas preadolescentes; a medida que iban creciendo y sus padres compartían sus pequeños logros con el mundo, los bebés podían ganar más y más seguidores, hasta el punto de que una gestión eficaz e inteligente del perfil podía convertir al pequeño en una celebridad incluso antes de que él mismo tomase las riendas de su propia cuenta.

Porque esta era la segunda verdad fundamental acerca de WeKids: tu futuro como adulto dependía de lo que hubieses hecho de niño. Y gran parte de la vida de los niños discurría en su pequeño y perfecto mundo virtual, repleto de juegos, entretenimiento, diversión y, sobre todo, amigos, muchos amigos. Cuantos más, mejor.

Oscar no había crecido con WeKids, pero era muy consciente del poder de las redes sociales. Gracias a ellas había conocido a su mujer, Emma.

Ella era azafata en una compañía de aviación, y tenía por costumbre publicar en su perfil fotografías de todos los lugares que visitaba. Las fotos eran bonitas y la chica parecía simpática, de modo que tenía bastantes seguidores. No como una celebridad, naturalmente; pero sí contaba con algunos más que una persona corriente.

Oscar no destacaba en nada en particular. Había sacado buenas calificaciones en sus estudios, pero no había prestado atención a la importancia de las relaciones sociales. Tenía amigos; no muchos, pero buenos, y con eso le había bastado. O al menos eso había creído, hasta que trató de acceder al mercado laboral. Los responsables de recursos

humanos de las empresas a las que acudía apenas echaban un vistazo a su currículum, que contaba con dos ingenierías, un máster y varios cursillos de especialización. Se limitaban a acceder a sus perfiles en las redes sociales y torcían el gesto al anotar en su ficha su número de seguidores. Una tras otra, todas sus solicitudes eran rechazadas.

Por fin le ofrecieron un puesto como técnico en una empresa que fabricaba tornillos y otros suministros similares, y lo aceptó sin dudar. Era un trabajo que estaba muy por debajo de su cualificación profesional, pero no se sentía frustrado por ello; su búsqueda había sido tan larga y angustiosa que agradecía profundamente aquella oportunidad.

Pero había aprendido la lección. Comenzó a actualizar sus perfiles más a menudo y trató de obtener más seguidores. No obstante, él no era un hombre ocurrente o especialmente comunicativo. Tampoco se sentía cómodo entre las multitudes, y en el fondo lamentaba tener que sacrificar parte del tiempo que dedicaba a sus viejos amigos de siempre para tratar de llamar la atención de una horda de desconocidos virtuales.

Pero era el tiempo que le había tocado vivir, y no tenía más opción que asumirlo.

Finalmente descubrió que podía sacar partido a algo que sus amigos siempre habían considerado una excentricidad.

A Oscar le gustaba coleccionar datos curiosos desde que era pequeño. La mayoría de ellos no tenían ninguna utilidad; solo era información que se acumulaba en su cerebro y que, por alguna razón, era capaz de recordar durante años. La gente de su entorno dejaba de prestar atención cuando a Oscar se le escapaba un «¿Sabías que...?», por lo que él terminó por guardarse sus curiosidades para sí mismo.

Años después, sentado ante la pantalla de su terminal portátil, preguntándose desesperadamente qué podía aportar a aquel perfil para que resultara interesante, escri-

bió: «¿Sabías que el dedo meñique del pie es un vestigio de cuando éramos primates y trepábamos a los árboles, pero ya no tiene ninguna utilidad para nosotros?». Lo relejó un par de veces, le pareció una soberana tontería y pensó en borrarlo. Pero, por alguna razón, lo dejó allí.

Para su sorpresa, al día siguiente su «curiosidad» había obtenido nueve votos positivos, y su perfil tenía dos seguidores más. No era gran cosa en la selva de la red, pero para un hombre gris como él suponía un paso de gigante. Entusiasmado, escribió: «¿Sabías que el escarabajo Hércules (*Dynastes hercules*) es capaz de levantar 850 veces su peso, lo que equivaldría a unos 52 000 kg para un hombre adulto?». Trece votos positivos y otro seguidor. «¿Sabías que, hace cuatro millones de años, nuestro planeta tenía dos lunas?». Diez votos positivos y un incremento de tres seguidores.

Tras un par de semanas de curiosidades diarias, su perfil había alcanzado los setenta y cuatro seguidores y empezaba a recibir algunos comentarios entusiastas. No tardó en conocer a otros usuarios aficionados a las curiosidades, registrarse en grupos especializados y compartir con ellos algunos de aquellos «datos inútiles» que ya no lo parecían tanto.

Su renovado perfil no lo convirtió en una celebridad virtual, pero lo ayudó a encontrar su sitio en la red. En el trabajo lo nombraron responsable de planta porque, según le dijo su superior, había demostrado que era capaz de aprender a relacionarse con los demás de un modo más abierto y creativo.

No obstante, su cuenta nunca llegó a superar los doscientos seguidores. Era una cifra con la que Oscar se sentía cómodo, porque sabía que, si bien los usuarios interesados en las curiosidades no eran muchos, existían, y él era muy consciente de que esa era la razón por la que se habían suscrito a su perfil. Pronto aprendió que, mientras siguiera suministrándoles una curiosidad diaria, sus seguidores le